

## CARTAS DE MARTÍ

Galas del año nuevo.—Gente de pro y gente llana.—Ancianos de otro tiempo.—Luto en la Casa Blanca.—El ministro Allen.—Gobernadores austeros y pomposos.—Boston, sus hijos ilustres, su gobernador nuevo y sus ceremonias.—Benjamin Butler.—Hermoso episodio de la historia del sufragio.—Preliminares necesarios para entender sucesos venideros.—Significación del advenimiento de los demócratas.—Deslinde de los campos políticos.—La batalla pasada y la venidera.—Suma de historia política.—Mesa del Universo.—Trineos blancos.

New York, 19 de enero de 1883.

Señor Director de *La Nación*:

Aún humean las fiestas de año nuevo. Aún cuentan regocijados los mancebos las galas que vieron, y las damas y damiselas que saludaron, y las ensaladas succulentas y nobles vinos que cataron en las casas que recibían visitas de entrada de año, que son ya menos que eran antes, porque muerde a la naturaleza humana el amor del Aristos, y cuando no tiene, por ventura, pedestales de sangre en donde alzarse a publicar cuarteles de nobleza, álzase sobre pedestales de oro a pregonar, a modo de nobleza nueva, el desdén de las prácticas comunes. Antes, no había en día de año nuevo puerta cerrada, sino que parecían de Lúculo las mesas; bien servidas entre jarrones ricos y flores, más ricas siempre que los jarrones, de manjares y lujos de beber que diesen fuerzas a los parleros visitantes para visitas nuevas;—y eran sonajas las casas, tiendas de alegría los coches, las mujeres, vasos de fiesta, romería las calles. El más lindo traje era para este día del año; el galán rico lucía a rápido paso su yegua de buena sangre y su delgado caronajillo; el dependiente humilde, muy aderezado y muy lucido, llamaba con sus mejores prendas de vestir a la casa del principal opulento, que con el calor del Jerez, y con el mejor que dan las fiestas de la casa, y la ventura, desarrugaba aquel día la frente de los ceños que suele poner en ella el señorío.—Vénganse los neorricos en los que no son ricos aún, de la época en que ellos no lo eran. Y gustan villanamente de humillar como ellos fueron humillados, y de hacer beber a grandes copas el acíbar que bebieron ellos.

Este día de año nuevo ha sido siempre de inusitada gala y gozo, en que se vaciaban de tarjetas las tiendas que las venden, y de fuerzas los carteros abrumados que las llevan, y de carruaje los establos, y de rosas los jardines, y el pecho de tristezas.—¿Quién tan mísero, que no tenga a quién ver, o de quién ser visto? Pero esta vez la costumbre vino a menos, porque las altas casas, en vez de abrir sus puertas de granito bien pulido, o peña rota a sendos tajos, como las piedras de los palacios de Florencia, o vil imitación de piedra; porque no hay imitación que no sea vil,—colgaron del llamador de bronce una cesta con cintas de luto, para dar noticia a los cortesés visitantes de que estaban cerrados por duelo de pariente los salones, o con cintas de colores más alegres, en ligera señal de que los empinados dueños no gustaban de pagar tributo a usanzas populares.

Mas como esta es ciudad de ciudades, y mar de gentes y golfo donde se encuentran, rompen y hierven juntas todas las corrientes de la vida moderna, parecían ese día las calles de potentados ceñudos y de nobleza fresca, como dama escurrida y remilgada en salón de mocerío jovial y rebosante, y todo fueron, a los ojos de quien no vio mejores años, cascabeles en los trineos, enjardinamiento de las salas, susto mortal en las bodegas, despedidas bulliciosas en las escaleras, peregrinación de los visitantes de pie a cabeza de la ciudad alborotada; y recuento en la alta noche, como de batallas ganadas, del número de casas a que se pagó cordial visita.

Parece en esta ciudad grande, donde viven las gentes tan solas, como que se aprovechan las almas con ansia de toda ocasión de averiguar que no viven olvidadas. Y ¡cómo embellece la alegría! Y ¡cómo rejuvenece! Aun los que no han catado licor,

parecen el día de año nuevo ebrios de buen vino:—¡de alegría!—Corren, como movidos de celestes vientos. Si se apagarán las luces de la tierra, con las de sus ojos animados habría fiesta de luz. Andan enternecidos,—como purificados,—aniñados. El gozo de querer les aviva la sangre. Duermen los libros de comercio, que son menos digno empleo del hombre que el cultivo de los campos. Duermen las plumas, que son lanzas mejores que las lanzas. Los jóvenes se alocan, y los ancianos resplandecen.

Aunque ya van de muerte aquellos castos caballeros neosajones, humildes como hijos de viajeros de la *Flor de Mayo*, que fue el barco feliz que trajo con los puritanos, y la virtud de ellos, el grano de este pueblo, ya van de muerte aquellos ancianos de ojos húmedos y limpios, como de gente de alma buena; de labios finos y cerrados, como de hombre discreto,—luminosos, como almas puras, sanos de espíritu y de cuerpo, como manzanas de noviembre. Aquellos ojos de holandeses, y viejos hidalgos de Bretaña, aquellos sobrios y domésticos patriarcas, aquellos sacerdotes de la libertad, pueriles, astutos y grandiosos, aquellos Tíos Samueles de sombrero de pelo blanco, barba en halo, ojo profundo, nariz aguileña y rostro lampiño, aquellos ricos de traje de paño recio y burdo, zapato ferrado y guante de lana, aquellos caminadores y reidores, van de muerte.

Hoy, nadie tiene su pulso en calma. Se anda por sobre las casas, en ferrocarril, y por sobre la vida. El ansia de la fortuna bebe en flor, como abeja venenosa, las mieles de la vida. Ni al corazón mismo se le abren las puertas hasta que no se tienen vencidas ya las de la fortuna. En los nuevos ancianos hay como el descontento de haber vivido; en los nuevos jóvenes, como el miedo de no vivir bastante.

Uno de esos ancianos de otro tiempo murió en Washington, y en plena fiesta de Capitolio, el día de año nuevo. Es el presidente Arthur caballero de salón, y abría con pompa, en recepción solemne, a la par que el año, la estación de fiestas de la ciudad oficial, y el Capitolio remozado para ellas. Veinte damas granadas le ayudaban a estrechar manos de embajadores, gentes de alto oficio, y miembros del Senado y del Congreso. De nuestra América, ofrecían allí los respetos el caballero Domínguez, de continente grave, por la República Argentina, con los miembros de su casa oficial y casa propia; por México, con la esbelta dama de Nueva Orleans, que es su esposa, D. Matías Romero, trabajador infatigable, castor de la política, cuidadoso de todo menos de su gentil apariencia, hormiga que acumula en trabajos de día y noche pesos de elefante, hombre diogeniano. Por el Perú, cabizbajo, Elmore. Y por Venezuela, que parece hoy dama violada, el culto Simón Camacho, tierno como su hermano Juan Vicente, que escribió «La última luz», y la da perenne a su nombre con ella; Simón Camacho, el brillante e intencionado *Nazareno* que llenaba años hace de sales los diarios de Lima, y hoy hace de sutil embajador en esta tierra, abundante de ingenio, de corazón y de palabra.

Pero de súbito, como si se enlutaran los cielos, corrió la nueva de que expiraba en una de las salas de la casa el ministro Allen, de las Islas Sandwich, que había nacido con el siglo, y crecido con él. Las músicas callaron, sobrecogió la tristeza al hidalgo Presidente; con el estado de las almas, que con sus afectos lo visten o lo desnudan todo, y acaloran o entibian la naturaleza, trocose en casa funeraria la que era un punto antes teatro de triunfo. De mal de corazón, que se enferma ahora más que antes, murió el que a pesar de ser ministro de las Islas Sandwich en los Estados Unidos, no era hijo de aquella tierra plutónica y fastuosa, donde la lava está hacinada en montes, y en bosques los rosales, y en valles opulentos los más sabrosos frutos.

Fue caballero de la paz el ministro Allen, y estos son los mejores caballeros. De romance tiene su vida; él afinó en Honolulu, y quien afinca, y llega a ser amado, a pesar de llegar a ser poderoso, en tierra extraña, es hombre de fuerza íntima y múltiple, y de bondad vencedora, y de tenacidad que sorprende. Porque tiene algo de demente todo el que vive en tierra extranjera. Los vinos del alma ofuscan el juicio. Este vapor que sube del alma de los desterrados es vapor terrible. Allen fue joven y

fue de cónsul de los Estados Unidos a Honolulu, y le enamoraron las calles pacíficas, bordadas de cañas elegantes, y robustos aloes, y cactus colosales. Las primicias encantan. Las de la tierra enamoran, como si fueran primicias de alma de doncella. El hombre es tan grande, que se siente siempre un tanto esposo de la tierra. El pueblo nuevo agradó al hombre ingenuo; el archipiélago riquísimo deslumbró al joven mercader. De cónsul ante el Rey, se hizo consejero del Rey; y fue por veinte años, espíritu del nuevo Hawai, cerebro y brazo de su monarca, atador de voluntades de su tierra nativa y su tierra nueva, y mirado, entre cóleras pasajeras y odios de naturales celosos y ambiciosos émulos como Balum-Votan de barba blanca, que venía del Este, y daba leyes, y amor—que es mejor ley—y tiernos consejos, al pueblo nervioso, guerreador y vivo de los viejos mayas.

De Gambetta dicen, que por piedad de hijo, y como romántico alarde de natural de tierra de los trovadores, solía, a despecho de su fe nueva, enviar cirios a una iglesia en el día del aniversario de la muerte de su madre, y al que le hacía pensar en qué dirían de ello, respondía hermosamente que dirían que amaba a su madre. Del presidente Arthur, cuentan que teme a lo desconocido, e involuntariamente pone fe en presagios, por lo que tuvo peculiar tristeza,—mayor en él, que ocupa la silla que aún no ha vaciado bien la sombra de Garfield—con la muerte súbita, acaecida en su primera fiesta de año, del canoso Allen, que ayudó a crear a un pueblo.

Pero en este pueblo, que es ejército en marcha, no hay tiempo de contar los muertos. Ni el muerto les parece árbol arrancado de su jardín, sino ido a hermosear de antemano el jardín en que han de vivir luego. Y aún en el recordarlos, la vida es demasiado exigente, para que la memoria sea bastante fiel!

Con la entrada del año ¡qué acopio de sucesos! ¡Si parece panorama mágico, banquete de gigantes, ruido de entrañas de monte, creación de mundo!—Y esto último es: creación de mundo.

Ya es un gobernador electo que seguido de sus caballeros de servicio, entra del lado del gobernador saliente y su cohorte, bajo la cúpula del Capitolio de Albany, ciudad que hace cabeza de este estado suntuoso de New York, y es madriguera de gente emprendedora, y de famélicos de oficio, que andan en busca de canonjías públicas, con las que aquí, como en buen número de tierras, suele darse paga deshonesto a tal o cual servicio subterráneo, feo como entraña, que ayudó acaso, en hora de combate, a la victoria de un partido: y al entrar bajo la cúpula, los dos gobernadores se separan, cada uno con su séquito, y el uno de esta ala, y el otro de la otra, van de nuevo a juntarse al fondo del salón, donde un sacerdote que cree saludablemente que no hay rito mejor de religión que el libre uso de la razón humana, eleva al cielo, cercado de hombres graves que tienen cerrados los ojos y las cabezas bajas, oración propia por el buen consejo del que entra, y la buena fortuna del que sale; y luego los dos gobernadores, en apropiados discursos, se saludan, tras lo cual abandonan del brazo la sala ancha y van a recibir plácemes de gente amiga, que es gente menguadiza en la hora de amargura, pero muy populosa y crecedera en horas de victoria.—¡No hay orugas más ruines que estos amigos de la hora venturosa!

En Boston, que es clásica ciudad, no se sientan en su silla nueva con tanta llaneza los gobernadores. Boston presume de hermana mayor de las demás ciudades de la Unión del Norte, y aun alardea de desdeñosa maestra. New York le parece brutal; Philadelphia, terca y gruesa; Chicago, un granero público. Ella sola se mira, y no sin razón buena, como cuna de la nación, y sagrario de las divinidades nacionales, y relicario de las costumbres de los patriarcas de la República, y tribunal de arte impecable, y universidad luminosísima. Periodista que tiene cuño bostoniano, ya pasa como periodista de buen cuño. Ser de Boston aquí, es como ser en Inglaterra de Oxford o de Cambridge. Y cerca de Boston está Concord, la apacible morada de los

poetas y de los filósofos.

En Boston lució Motley, tan bello como Byron, autor de un libro que encadena y nutre, y no ha de faltar—en anaquel muy a la mano—de librería de hombre de ahora: la *Historia de la revuelta de los Países Bajos*.

Es más que historia, es procesión de vivos: Felipe II, lamido el pie de llamas, guardñosas las manos, lívido, como de reflejo de lumbre sulfurosa, el rostro; Granvelle, el cardenal acomodaticio, que se sacó del pecho, como prenda de andar que estorba para el camino, la conciencia; Don Juan de Austria, lindo loco; Alba, hiena, y Guillermo de Orange incontrastable, que es de aquellos que aparecerán en la hora del cómputo con un pueblo sobre los hombros, y tuvo en vida la grandeza serena, pujante y tenaz de los creadores.

De Boston fueron Emerson, que le dio luz, y Longfellow, a quien dio, con prebenda segura, paz de vida, que fue como sentarle en el hogar la Musa:—¡oh!, en esta pesquisa del pan diario, qué ha de hacer la Musa, que tiene los pies blandos, sino sentarse a llorar, cansada y sola, en una vuelta oscura del camino! Ahoga el ruido de los carros las voces de la lira. Se espera la lira nueva, que hará cuerdas de los ejes de los carros. La tierra está ahora en hervor: la lira se verá luego, cuando este mar repose.

Y Boston, que es la patria de los místicos, es la patria también de los agnósticos, y de un agnóstico político, rico en mente y dineros, y en desdén de convenciones, y de trabas de partidos. De Boston es Benjamin Butler, que un día capitaneó republicanos, y otro demócratas; y es revoltoso decidor, que da golpes de maza con la lengua, cuando no de florete bien templado, y de quien hablan hoy los diarios como de gobernador vivo y efectivo, que intenta que sea cosa memorable su gobierno, y le abra paso, por cierto hoy un tanto entorpecido y oscuro, a la presidencia de la República.

Ya lo vocean como candidato. Pero en esta tierra, sobrado heterogénea, radiada, examinadora y tumultuosa, para que alcance a cautivarla de una vez un hombre solo, llégase más acaso a la presidencia por cualidades de discreción y medianía que hacen posible el consorcio en la persona discreta y mediana de entidades superiores rivales e intereses diversos, que por cualidades brillantes y agresivas, que excitan celos agudos en los grandes de la fama y de la mente, y hacen menos posible, si no imposible en todo, el amigable compromiso de facciones y elementos celosos y varios.

Aunque Butler sabe ver, y verá ahora que el país está descontento de los audaces, pródigos y soberbios republicanos; y que los demócratas, que pudieran sucederles, no se dan prisa a acreditarse de desinteresados, modestos, compactos y probos; y que la República, fatigada acaso de tanto logrero, buscador de oficio, cómplice de contratistas, e instrumento de politicastros, que son plaga que roe a uno y otro partido, tiende la vista colérica, en busca de nueva aurora. Y Butler, que está a lo que nace, se pone a que le den de lleno los rayos de la nueva luz. Pero es aún, por lo versátil, acometedor, novador y bullente, personaje, más que nacional, pintoresco. Lo que le trae ahora en palmas es su elección reciente, por número oceánico de votos, al gobierno de su pulcro estado.

Burlan mucho a la apergaminada Massachusetts, de que es Boston cabeza, por haber puesto su gobierno en manos de tan gallardo y resuelto alborotador. Pero Massachusetts no ha tenido muchas veces gobernador tan favorecido de su pueblo.

Parece que es Butler uno de los nobles de la naturaleza, que hace, sin duda, sin respeto a los artificios de sus hijos, sus nobles y sus plebeyos. Son estos nobles aquellas criaturas mordidas del amor de lo perfecto, a quienes de amar lo perfecto en arte, les viene delicada aristocracia, y de amar lo perfecto en justicia, les viene generoso amor de pueblo.

Las superioridades se respetan: y la misma superioridad de la preocupación ve como a hermana, en las horas de crisis, la superioridad de arte o justicia. Todo hombre nace rey; la labor está en hallar en sí los útiles con que se hace el trono. Así Butler, que sabe de coro la *Biblia* y los poetas, y usa ramilletes en el ojal y en su

lenguaje, y gasta frac, e ideas de frac, place vivísimamente, por cierto ferviente amor suyo innato a los humildes, en que rebosan todas las naturalezas verdaderamente grandes, a la masa empujadora, radical y votante.

Era de ver Boston el día en que Benjamin Butler puso la mano en la pértiga de roble, de grueso puño de oro, que en Massachusetts vetusto es símbolo de gobierno. Allí placen las ceremonias, la procesión elaborada, la junta de las corporaciones del estado, la música solemne, el juramento escrupuloso de lealtad a Massachusetts y a la Unión. Año tras año venía Butler llamando en vano a las puertas de la casa de gobierno. Mas no vence—y esto acaso ha de entristecer a los reformadores de alma mansa y apostólica—sino quien se ama: el desdén de sí lleva con excepciones raras, al martirio obscuro. Acaso en la baraja de la vida, no son triunfos sino los oros que llevan mezcla de virtud y de ambición.

Ahora, «la ola popular», llamada a furia por las últimas prodigalidades y desdenes de los republicanos, que no ven que el pueblo es ola y la ola agua, y quien pone el pie en ella se va a hondo, trae al vocero de reformas a la casa de gobierno, en el instante en que no parece que haya reforma grave que no esté ya en sazón y a punto de dar mieles.

¡Qué hermoso encrespamiento el de este pueblo, dos o tres meses hace! Parece como gigante dormido, que, seguro de su fuerza en la hora dura, no se da prisa a levantarse; mas se levanta, mueve la maza enorme, aplasta al enemigo o al obstáculo y de nuevo duerme. Y en su sueño, oye.

Estos meses han sido aquí teatro de un interesantísimo episodio de la historia del sufragio. No cabe en carta. Arranca de lejos y va lejos.

No hay cosa más escurridiza y vidriosa que la Libertad. Dama de gran valer, se enoja de que un solo momento la descuiden. Quiere plática que la entretenga, celo que la estimule, culto que la halague. Todo es análogo en la tierra: en vano se pedirán flores hermosas al floral que cede a la maraña; en vano amor a la mujer de cuyo amor ansiosamente no se cuida; en vano fruto al árbol que se deja a regocijo de gusanos; en vano grandeza y permanencia a la libertad cuyo cultivo se abandona. En el amor del hombre y la mujer, la ternura infatigable y galante es la dote de esencia, que asegura al afecto lengua y sólida vida: en el amor del hombre y la libertad, la fidelidad es la condición del goce permanente de la amada. Pues ¿quién deja a sus criados de servicio el cuidado de requebrar de amores a su dama? Ni ¿qué dama otorga mansamente su ternura a quien desdeña, por pereza, o por arrogancia, o por seguridad del amor de que no cuida, la tarea dulce de venir empeñosamente a demandarla? De abandonarse demasiado a la señorial seguridad que da el derecho, viene a los casados la mayor suma de sus males; y de esto mismo vienen sus mayores males a los pueblos.

La libertad ha de ser una práctica constante para que no degenera en una fórmula banal. El mismo campo que cría la era, cría las ortigas. Todo poder amplia y prolongadamente ejercido degenera en casta. Con la casta, vienen los intereses, las cábalas, las altas posiciones, los miedos de perderlas, las intrigas para sostenerlas. Las castas se entrecuscan, y se hombrean unas a otras.

Tanto gobernó a los Estados Unidos, en años pasados, el Partido Demócrata, que no quedó al cabo la Constitución en sus manos sino como un montón de papel arrugado. Los prohombres gloriosos, mantenidos por su buena fama en altos puestos, se habían hecho políticos de oficio. Ayudaban los políticos a los ricos, y los ricos a los políticos. Los poderosos del mercado vaciaban sus mejores bolsas para cohechar votos, ganarse empleados, y favorecer ardidés en la hora de las elecciones, a trueque de que los electos favoreciesen luego con sus votos los planes en que cifraban mayores esperanzas de fortuna los ricos mercaderes.

Habían estado los demócratas demasiado tiempo en el poder para que oyesen ya de cerca al pueblo. Y despertó el gigante, y dio con los demócratas en tierra,—y en

alto con el partido de los republicanos. Estos domaron la guerra civil, hicieron libres a los esclavos, amortizaron una deuda monstruosa, levantaron por sobre su cabeza, humeante aún, pero sonriente y sana, a la República. Republicanos eran los grandes previsores, y los grandes guerreros, republicanos. Ellos, los abogados del pueblo uno y grandioso, los fabricantes de milagros, los amadores vehementes de la humanidad libre. Aún se oye el concierto de alabanzas que se alzó de los grillos de los esclavos negros al caer rotos de súbito sobre la tierra.

Pero la certidumbre de la posesión empezó a deslucir la modestia del triunfo. Los militares desocupados no se resignaban de buena voluntad a dejar de ser personajes nacionales: ni ¿quién se resignaría de buena voluntad, que haya tenido puestos sobre sí los ojos de nación tan grande? Nada embriaga tanto al hombre como sentirse centro de hombres. Le entran pujanzas divinas, y ya no cabe en la piel de un mercader, ni en el blusón azul de un cosechero. La guerra había sido sobrado larga para que los que, como hombres de consejo o de guerrear, no hubieran ya hecho, con descuido de las propias, una profesión del manejo de las cosas públicas. Y como adquirieron fama por aconsejar bien y guerrear bien en la hora del peligro, pareció loable mantenerlos, en la hora del triunfo, en el puesto que honraron cuando era peligroso. Y el gigante, confiado, durmió un largo sueño.

En tanto, con el crédito de la República, se vaciaban para venir a ella de trabajadores los países que persiguen y los imperios que oprimen. Todo hombre necesitado es un capitalista. El trabajo no es más que el arte de acuñar las ideas en oro o plata. Toda moneda ha sido primero idea. Por los campos seguros, se entraron los inmigrantes impacientes. Vino la sobra del cultivo; volcadas por la mano del hombre, dieron todo su oro las entrañas de la tierra; rebosaban, como carreta henchida, los mercados; los mares eran voceros del gran suceso humano. A la riqueza gigantesca, respondieron empresas gigantesca. Halagados del aura popular, y bien pagados en moneda presente sus servicios de antaño, y desocupados, trocáronse como en una aristocracia los héroes del consejo y de la guerra. Ya no sabían vivir fuera del Senado, fuera del Congreso, de los gobiernos, del ejército, del Capitolio. Habían perdido las artes privadas. Se habían perfeccionado en el ejercicio de las artes públicas. Perder sus puestos hubiera sido perder sus fortunas.

Las masas se disgustaron de tal o cual abusador, y el abusador, que era hombre de pro entre los políticos, pasaba en hombros de sus colegisladores y de los que necesitaban aprovecharse de él en futura legislación, por sobre las masas disgustadas. Los capitales, como todo sobre la tierra, tendían a unificarse. El Gobierno, cohonestado por la tremenda guerra civil nacida de exceso en el principio de federación, se iba unificando como los capitales, lo que pareció a poco, en los capitales magnos que se apoyaban en los políticos magnos para ahuyentar la industria menor,—insolencia, y en el Gobierno, tiranía.

Quedaban sin hacer cosas urgentes, de que necesitaba la masa humilde y común. Se hacían a gran costo cosas enormes y no indispensables, que favorecían los proyectos de los potentados de la Banca. Era una liga incontestable de los magnates de la pecunia, que ayudaban al partido sospechado en la hora de los comicios, y los magnates de la política, que pagaban en leyes sustanciosas el apoyo de los de la pecunia. Y era otra liga incontrastable de los dispensadores de empleos y la gente empleada. El partido otorgaba el empleo, pero el empleado quedaba siervo del partido. El carro de la elección rodaba sobre ejes de oro. Cada empleado pagaba de su propio salario, que era de dinero de la Nación, una cuota cuantiosa, para auxiliar al triunfo del partido que le dio el empleo.

De esta ingeniosísima manera, el Partido Republicano se había asegurado un triunfo permanente a costa de los dineros de la Nación. A los que murmuraban de estos males, se les enseñaba «la camisa roja», se les hablaba del peligro de una nueva guerra, ya con los estados del Sur aún no contentos, ya con un estado de Europa, que quisiese venir a poner mano en América, ya con otros estados; se les decía que una nación inmensa necesita un gobierno fuerte; que un poder continental, en suma, tiene

que acumular capitales, y atraerse fondos de repuesto, y ganarse la voluntad de las gentes de grandes fondos, para vaciarse en la hora precisa sobre el continente.

Así explicaban en plena paz, el mantenimiento de las contribuciones de guerra; así el exceso innecesario de la colecta de las contribuciones anuales; que en centenar y medio de millones se salió del presupuesto de los gastos. Seguros de su máquina gubernamental, y confundiendo en hora mala el clamor honesto de un pueblo fatigado con grito de gente hambrienta, los políticos hundieron hasta los hombros los brazos en las arcas, y prodigaron sin cordura el rico tesoro, y el amplísimo exceso, en planes de oscuros orígenes, necesidad no visible y honradez dudosa.

Por confianza primero en sus prohombres, por ausencia de interés personal e inmediato en el triunfo de los políticos en lucha; por la innecesidad de trocar por el gobierno del partido que trajo la guerra, dilapidó los dineros públicos y corrompió los empleos, el gobierno de aquel otro partido que dio fin a la guerra, por lo que merecía luego los empleos de la paz, y aumentaba, puesto que bajo su régimen crecían los beneficios nacionales;—y por cierto desgano afeminado,—que suele venir de la riqueza, y codeo con gentes y pueblo de preocupación aristocrática,—de ir a votar a par del pueblo ingenuo, del extranjero recién naturalizado y bien pagado por el voto, o del empleado que, al defender su partido, defendía su hogaza de pan—fueron, en número alarmante, alejándose de las urnas electorales aquellos que se miraban, o sobrado en alto para ejercer tan popular oficio, o sobrado perezosos para ayudar a un triunfo que consideraban seguro, o sobrado impotentes para contrarrestar a un partido que había hallado modo de perpetuarse en el goce del poder merced a los dineros nacionales.

Y disgustaba además hondamente aquella red de la elección, tan bien tejida que no había espacio en ella para el pueblo votante, a quien daban los políticos de oficio de cada partido, juntos en convención preliminar, la lista de los candidatos del partido:—y era forzoso votar íntegra y servilmente aquella lista, que no se había tenido modo de ayudar a hacer, ni de objetar, ni de mejorar, o ser tachado de apóstata, el cual dilema, fue también parte grandísima a disgustar del ejercicio del voto a buen género de gente honrada, harto leal para ir contra su propio bando, y harto honesta para votar por candidatos que su buen juicio repelía.

A este mal muy sentido, se unieron este año, como en concreción y cumbre, todos los que minan a un partido incauto que ha estado largo tiempo en posesión de oficio. Ya era escándalo el repartir de los empleos. Con cada ministro se vaciaba y llenaba de nuevo el ministerio; con cada director, la Casa de Correos; cada vencedor traía su séquito y expulsaba al de su antecesor, que a su vez había expulsado el suyo: era como un renuevo de Mario y de Sila. El ignorante que tenía más patrones vencía en la puja por puesto al competente que tenía patrones pobres. Se repartían los más altos empleos como despojos de victoria. Aun dentro del mismo partido, la fracción vencedora expelía brutalmente a la facción vencida. Se otorgaban los puestos, no en atención a los merecimientos personales, ni a la probada educación oficial, ni a antecedentes nacionales honrosos, sino en paga de servicios de partido. Al peticionario no se le tenía en cuenta sino al servicio cuya paga pedía.

Lo cerrado y autocrático de las convenciones; lo abandonado y empequeñecido del voto público; la mala práctica de dar a gentes vulgares o no idóneas, en recompensa de servicios al partido del gobierno, puestos que había hecho la Nación, seno de todos los partidos, para gentes idóneas; el interés desordenado de los políticos profesionales en conservar, sobre injurias, denuncias y censuras, los puestos en que solían alcanzar más beneficio que honra; la complicidad terrible del empleado que, como siervo de gleba nueva, se hacía siervo del partido que lo empleaba, de miedo de quedar sin pan y carne, y el empleador, que al recibir del empleado dinero para la ayuda de las elecciones, quedaba, por cierta moral lógica que crean las mismas mayores inmoralidades, obligado a conservar en su puesto al que desde su puesto le ayudaba, y a mantener en sigilo sus errores, como mantenía el empleado en sigilo sus cuotas; el desenfrenado empleo, en turbias empresas, o cosas para provecho de una u

otra persona, del centenar y medio de millones que al pago de la deuda, o a la rebaja de las contribuciones internas, o a la promoción gradual del libre tráfico pudo dedicarse; y la liga íntima, en este y aquel estado, y esta y aquella Casa de Legislación, de los legisladores pródigos y los contratistas que partían con ellos los frutos de su prodigalidad legislativa,—juntáronse de súbito, como olas de mar fiero, que se reuniesen en combate heroico para vencer a las montañas de la costa; y llegada la hora de elección que fue en este noviembre, barrieron, a modo de viento purificador, las urnas pecaminosas de votos republicanos, y con majestuoso y sereno alarde de la magnífica fuerza de la paz, dieron los votos enteros de la Nación a hombres nuevos del partido democrático. El pueblo fatigado volvió las espaldas a los héroes y a los consejeros corrompidos.

Oh! fue cosa magna, que regocija de ser hombre.—Es verdad que, dentro del Partido mismo Republicano, venían de viejo clamando por reformas, pulcros políticos de notable influencia y miembros prominentes del partido, que en la situación corriente de los bandos políticos, viene a ser aquí el partido conservador de otros países.

Los unos, los contratadores, los cobradores de cuotas de empleados, los avarientos más notados, hacían gala de ultraaguilismo, y de extender por sobre gran parte de la tierra las alas del águila; los otros, que son en cierto modo como los caballeros de levita, y no de frac ni de uniforme, de esta política, abogaban noble y cuerdamente por el menester de poner atención en las cosas domésticas, ya que tiene esta nación dominio tan grande; hacían clamor de la justicia de dar los empleos a los probos y cultos, y de cobrar de menos el exceso cuantiosísimo de contribución innecesaria, y de limitar las contribuciones anuales a los gastos legítimos de la República, y de ir mermando de derechos de entrada a los productos extranjeros, y de robustecer más que de extender las alas del águila.

Estos eran los republicanos de «media raza» como les apodan; los buenos burgueses, que no desdeñan bastante a la prensa vocinglera, a las capas humildes, a la masa deslumbrable, arrastrable y pagadora. Los otros, los imperialistas, los «mejores»,—y sus apodos son esos,—los augures del gorro frigio, que, como los que llevaron en otro tiempo corona de laurel y túnica blanca, se ríen a la callada de la fe que en público profesan; los que creen que el sufragio popular, y el pueblo que sufraga, no son corcel de raza buena, que echa abajo de un bote del dorso al jinete imprudente que le oprime, sino gran mula mansa y bellaca que no está bien sino cuando muy cargada y gorda y que deja que el arriero cabalgue a más sobre la carga.

Los de «media raza», tenían el oído puesto al pueblo, que es viento arrollador, del que importa saber dónde va y viene. Y los «mejores» eran, y aún son, los caballeros de la espalda vuelta:—por donde les tomó el pueblo colérico, que alzó esta vez el látigo, y les dejó la espalda verde y negra. Mantenían [los] «mejores» que la Constitución es ya capa raída, y cosa de otro tiempo, y que un pueblo empujador ha menester de carril por donde echarse, y no de alguacil que le ate los brazos: los de «media raza» que vislumbraron aun en las voces solemnes de Webster el espíritu heroico de los sagrados apóstoles de Philadelphia, y quieren la libertad sencilla, respetadora, magnánima y pura, repetían en diarios y discursos aquellas cosas honradas, límpidas que se oyeron, como acentos de titanes que hubieran venido a sentarse entre los hombres, en la época suma en que Washington aplacó, Madison preparó, Hamilton hacendó, Franklin aconsejó, y espoleó Jefferson. ¡Qué nombres! Parece, cuando salen de los labios, que se ven surgir de la sombra espléndidas estatuas!

Es verdad que era apretada, y de pecho a pecho, la batalla de los republicanos de «media raza» y los «mejores»; que los unos defendían con tanta firmeza la política pacífica, como con terco brío profesaban los otros la agresiva; que si los amigos de Grant favorecían la centralización en poderes culminantes y absorbentes de los poderes de los estados,—los intereses de los monopolizadores gigantesco,



ala fortísima de ejército en la gran parcialidad aristocrática que se va ya dibujando; por desdicha grande acaso, en este país—el derecho del partido triunfante de premiar con destinos nacionales méritos de partido, y con aprobaciones benévolas de proyectos innecesarios o fraudulentos a los grandes cómplices de la hora de elecciones—los amigos de Garfield, quien más que a manos de Guiteau, murió a manos de los «mejores», que dejaron caer, con haberlas echado a volar, palabras de fuego en el oído de aquel ente diabólico,—defendían con patriarcal llaneza y tesón de Curiacios, la tendencia honradamente conservadora de la Constitución inalterable, la repulsión prudente y fraternal de los desbordes de las muchedumbres deseadoras e ineducadas, la abolición del método impuro de costear las elecciones del partido con las cuotas que, por trata innoble, pagaban los empleados de la Nación a sus empleadores, la revisión gradual en sentido librecambista de la tarifa de los derechos de importación, a cuyo sentido el de los monopolizadores es opuesto,—y el repartimiento de los empleos públicos entre gentes capaces de bandos diversos, solo por pecados públicos, removibles de los empleos—de modo de asegurar el buen servicio de la Nación, que no anda ahora bien servida, en vez de dar, como se da ahora, prebenda holgada y canónjial, beneficio a los politicastros y genticilla de su ahíjo.

¿A qué decir que el partido democrático sacudía a todo brazo cien fustas de fuego sobre los bandos rivales, y los alzaba desnudos en diaria y empinadísima picota, y les hincaba el diente en la más honda entraña? Pero ¿qué es hoy el partido democrático? En la política práctica, es acaso el partido triunfador; en la política de principios, que no son a veces, y muy comúnmente, más que armaduras que se toman o se dejan, según sean de efecto bueno, o de uso inútil en la batalla popular, el partido democrático es, en todo momento, todo lo contrario de lo que sea el Partido Republicano. Por donde los republicanos yerran, por ahí se están entrando los demócratas: del catálogo de vicios de los republicanos, que son,—excepto la tendencia ultraunificadora de estos, los mismos que dieron en tierra, veinte años ha, con el partido democrático, hacen los demócratas ahora acta de acusación formidable.

Los republicanos reparten sin decoro, y en pago de servicios privados, los empleos: los demócratas mantienen que los empleos han de repartirse con decoro, y sin poner atención a los servicios privados; pródigos son los republicanos; los demócratas grandes pedidores de todo género de economías.

Magnates republicanos defienden ante tribunales y Congreso a magnates de Bolsas y ferrocarriles; los diarios de los demócratas acusan de monstruosas estas ligas de los que hacen las leyes a la orden de quienes van a aprovecharse de ellas, y sacan a la vergüenza los hilos de estas redes invisibles, y cuentan, con ojos de Argos, que ponen súbita claridad de luz eléctrica donde se fijan, los tesoros que han amontonado, con un sueldecillo que va entero a pagar las pieles que cubren los caballos de sus coches, los diputados y senadores amigos de los ricos: y les hacen inventario público de lo que tienen y les suman lo que legalmente han ganado en la vida de políticos a lo que poseían cuando entraron en ella, y les calculan intereses, y sustraen los costos usuales de la existencia, y deducen lo que debían tener de lo que tienen, y llaman rudamente a la diferencia robo.

Pero ¡ay! que donde los demócratas gobiernan, como en New York, muy buenos oficios suelen ser de notorios rufianes; gente mal vista y desdeñada, los que llenan los bancos de alcalde del municipio, la gran suma de empleos, de los capitanes de barrio, que en más tabernas mandan y más votantes juntan; y [es] toda la vida pública, compra y venta y tráfico. Y más amarillo el mármol de las Casas del estado que los puños de oro cuajados de brillantes que, a manera de cetro de los tiempos, empuñan los magnates republicanos.

Pero a la faz de los grandes pecados nacionales de los republicanos, parecían cosa venial estos pecados locales de los demócratas. Y como de las filas de estos se erguían también, como sacerdotes puros, ancianos de cabeza blanca y buen tipo antiguo que quieren echar, blandiendo los libros de Jefferson, Madison y Jackson

como espadas, a los mercaderes de votos de las Casas del estado; como diestramente ha hecho la democracia programa suyo de todos los clamores de la muchedumbre de dineros, disgustada de los abusos descocados y arrogantes de los republicanos, sobre que nunca ha borrado de su programa las grandes voces de reforma radical de las muchedumbres pobres,—cuando sonó la hermosa hora del voto, y los robustos guardianes del orden vistieron su mejor levita azul y sus más blancos guantes, y se cubrieron los muros y vidrieras de las casas de votar de pabellones estrellados y de carteles de grandísimas letras, donde parece que batallan encaramados los unos sobre los otros,—los nombres de los combatientes,—se puso en pie la magnífica Nación colérica, votó en masa por los que se yerguen altivos y flageladores en frente de los que la desdennan, esquilman y desafían, y se sentó, contenta, después de una hermosa batalla en que no se había vertido sangre.

Y aquí ya, como que he tenido sobrado tiempo puesto en mí los ojos de mis lectores benevolentísimos, tomo, a modo de quien salta, dejando para luego contar las ramas del árbol, cuyas raíces dejo echadas, los sucesos que han venido tras el magnífico espectáculo. Los prolegómenos son estos, necesarios para entender después lo que los prolegómenos engendran. Es verdad que en los toneles de cerveza de las tabernas hierve aquí, con el lúpulo, el voto público; es verdad que tal gañán, que gusta de mojarse las fauces en domingo, trueca por aguardiente de maíz, o por una prenda de abrigo o un sombrero, su derecho señorial de ciudadano; es verdad que por los rincones, por los zaguancillos, junto a los troncos de los árboles secos, huronean con ojos de cazadores y pies ligerísimos, mozos listos que cada partido decora con cintas brillantes, y provee de sacos llenos de papeletas para que, a la puerta de las casas de votos, cautiverio del sufragante indeciso, o compren al que tiene aires de venderse, o prometan puestos de alcalde o cosa no menor a cada vanidoso hijo de Irlanda, que viene armado de su voto, como general emperador de Roma de su majestuosa túnica de triunfo.

No hay nada que embellezca como el ejercicio de sí propio. Ni nada que afee como el desdén o la pereza, o el miedo de poner nuestras fuerzas en ejercicio. No hay tirano que afronte a un pueblo en pie. Los pueblos dormidos, invitan a sentarse sobre su lomo, y a probar el látigo y la espuela en sus ijares.—Verdad decía yo que era esa campaña de casas de beber, y ese jurar sobre un mostrador de cervecería, como antaño sobre la rama del muérdago o el dolmen galo, fidelidad a tal luciente caballero de la patria, que era acaso un mes antes embajador en Londres o en París, y señor de gran nota y poderío, y ahora tiembla como aire a son de flauta ante la cuadrilla de mozos bebedores de quienes aguarda voto, y salta prestamente el mostrador de la cervecería, se desembaraza de la levita de señor, llena la caja del tabernero de gruesos billetes, y saca de los toneles la cerveza espumosa en vasos que entre jácaras y celebraciones pasea ante los votantes lisonjeados.

¡No valen a veces las alturas el trabajo de subir por sus penosas escaleras! Verdad decía yo que era ese intrigar de los prohombres del barrio, y ese comprar el voto de la gente ruin, y ese deslizar con maña papeletas de un partido en las manos del sufragante poco avisado que intentó votar por otro: pero tales menudencias ante este levantamiento del sufragio, son como hoja de árbol podrido en bosque hondo y solemne. Esta avalancha no cupo en una copa de cerveza. Este derrumbe de gigante no ha sido obra de hormigas. Fue el alarde admirable de un pueblo reflexivo. Fue mar, salido de madre. Fue suceso glorioso.

¡Bienaventurada la tierra donde se libran las batallas de la paz!

Con el año, han entrado en sus puestos los nuevos elegidos. El país está en espera. Quiero saber si en la elección presidencial del año próximo votará de nuevo a los republicanos, que lo ofenden con sus alardes de dueñez, desconsiderado empleo de los dineros públicos; gala de tener en poco los clamores populares—cual castellano noble que no cura de ladridos de mastín,—y tentativa de gobernación imperial;—o si

dará su voto a los demócratas, que ofrecen libertar de derechos los artículos de consumo interior, de trabas el comercio con pueblos extranjeros, de presión y cabildeo federal el gobierno libérrimo de los estados, de gastos innecesarios a la Nación, y de secuaces de partido las oficinas públicas.

La Nación ha abierto a los demócratas este año de prueba. Si muestran ser de ley buena, irán sobre millones de hombres a la Casa Blanca. Pero si no enseñan pecho juvenil, brazo pujante, ropaje austero y mano limpia, se sentará el pueblo sobre ellos; a ver cómo aprovechan del alarmante aviso los republicanos.

Y es de dar gozo esta carrera de hombres. Andan ahora ambos partidos con los brazos repletos de planes de reforma, y a la par descargan sobre las mesas del Congreso ambas fracciones idénticos proyectos, y no duermen de puro miedo de que el rival se despierte más temprano.

Vocero y estandarte de los «mejores» es el presidente Arthur, y su mensaje de año nuevo fue, sin embargo, suma de toda la virtuosa sabiduría de los reformadores de «media raza». Los republicanos hurtan a los demócratas todo su programa; de modo que haya el año próximo razón de reelegirlos, por haber escuchado a tiempo el mandato popular, e innecesidad de elegir a los demócratas, por cuanto ya los republicanos realizaron en leyes todas sus demandas de mejoras.

El país, alarmado de la concentración del servicio público, y aterrado de ver que el poder se le escapaba de las manos,—porque el que no trabaja abjura,—y el que no cuida su bien, no lo merece,—se muestra decidido a poner su servicio en manos nuevas:—y como las manos de los demócratas están tendidas, parece querer dejar caer el servicio público en manos de los demócratas. Estos, para lograr vida, han menester de servir fidelísimamente al pueblo que se vuelve a ellos. Solo por prometer reformas, están en vísperas de triunfar. Pero como ya el país teme de prometedores, solo por cumplirlas triunfarán. Y de este modo quedan. La nación, que entiende que los demócratas necesitan cumplir sus promesas para mantener el poder, se mueve hacia ellos, interesados en ser virtuosos.

Tal va ya estando la virtud, que es necesario ponerla del lado del interés para que venza.

Los demócratas acusan crudísimamente los cabildeos y tratas del grupo de aprovechadores de elecciones en cuyo dominio, por arte de utilizar los apetitos humanos, ha caído el gobierno de New York,—y hacen, por todo el resto de la República, gala de toda virtud, alarde de respeto a los clamores nacionales, y bandera de toda economía. Y los republicanos esperan que sea en toda la República la democracia como en New York, donde sin tener en cuenta lo que les va en ser virtuosos, se reparte el grupo de logreros que laborea las elecciones en la sombra, por mostradores y lugares malos, y con complicidades y trasiegos feos, los magníficos despojos que en forma de empleos altos, y puestos de rendimiento pingüe, consideran paga natural y permanente de su influencia entre la gente comprable y clase baja y odiadora—que por esto solo de odiar es de veras baja, y sin eso no lo fuera,—de esta ciudad monumental y benemérita, donde se amasan panes gigantescos, de que comen en paz todos los hombres; y donde, como en cimientos dignos de él, se asienta, coreado por voces de taller, concierto de labradores y ruidos de alba colosal,—el mundo nuevo!

Y ved, ved qué trineo tan bello es este que cruza ahora por mi puerta, como presagio de los tiempos buenos. Es nieve y alegría. Bajo los pies, la nieve cruje. En las venas, hínchase la vida. El aire embriaga y remoza. Lo blanco mueve el alma. Son blancos los caballos del trineo, y sus cintas azules; y en él se sientan dos enamorados!

JOSÉ MARTÍ

*La Nación*, Buenos Aires, 18 de marzo de 1883.  
[Mf. en CEM]